

MARIFLOR AGUILAR RIVERO, *Resistir es construir: movilidades y pertenencias*. México, UNAM y Juan Pablos Editor, 2013. 142 p.

Resistir es construir: movilidades y pertenencias de Mariflor Aguilar Rivero, Dra. en Filosofía y docente de la UNAM, es un breve volumen en el que su autora establece con claridad su horizonte de trabajo. Ya en las palabras introductorias expresa: “pertenencia, movilidad y resistencia, [son] tres formas de enfrentar lo que el mundo moderno nos presenta y nos ofrece vivir.” (p.9) y es sobre estas tres categorías sobre las que estructurará su obra.

El modo de hacerlo será a través de cinco capítulos que pueden abordarse individualmente aunque es preferible hacerlo en el orden propuesto. Esto se debe en parte a que este trabajo –ella no se remite a él como un ensayo sino más bien como una investigación– parte su recorrido estableciendo el nomadismo como la forma predominante de *movilidad*, tanto en su acepción amplia y positiva como en su vertiente negativa. Lo mismo hace con la noción de *pertenencia* a la que primero caracteriza como el límite al nomadismo y a continuación expone su faceta oscura. Finalmente aborda la *resistencia* a partir de las categorías expuestas en los capítulos precedentes. Además, éste último capítulo es el más extenso. Aun así en su desarrollo mantiene en cierto modo la lógica propuesta en los anteriores: la exposición de las dos caras de una misma categoría.

Adentrándonos ya en el contenido de cada uno de los capítulos podemos señalar que el primero se titula “Movilidades y nomadismo”. En él la filósofa empieza a desplegar uno de los ejes vertebradores de su trabajo: el concepto de nomadismo y su vinculación con la movilidad social de los grupos humanos. En este proceso reconoce tanto al nomadismo como una forma esencial de vida posmoderna como a aquellas formas de migración –interna o externa– forzosa. Para hacerlo realiza un breve recorrido sobre la percepción que se tuvo de este fenómeno a lo largo de la historia y someramente señala la visión positiva que tenía Herodoto sobre los pueblos nómades mientras que contrapesa con la visión peyorativa proveniente del confucianismo. Precisamente es la versión negativa, la que más hizo mella en el imaginario occidental.

Pasada esta primera instancia se enfoca de lleno en los autores que le sirven de plataforma para establecer algunas categorías. El primero de los teóricos que menciona es al economista argelino Jacques Attali quien postula que “nómada es la palabra clave que define el modo de vida de los años 2000” (p. 23) y que “el sedentarismo no es más que un breve paréntesis de la historia humana” (p.24). A partir de ello el francés establece una clasificación tripartita entre: hipernómadas –aquellos cuya movilidad es elegida voluntariamente–, infranómadas –los desplazados o los que deben

moverse por necesidad- y sedentarios –aquellos que se desplazan a través de medios u objetos-nómadas-. Estas categorías son explicadas por Aguilar Guerrero, aunque más adelante las pondrá en tensión con sus propias reflexiones.

Otros de los autores señalados en este primer capítulo son Giles Deleuze y Félix Guattari. Aquí Aguilar Rivero expone la visión de los filósofos galos que ven al nomadismo como una forma deseable de la relación entre el individuo y la sociedad. La doctora mexicana toma de ellos varios conceptos entre los que destaca el de la desterritorialización de los nómadas como signo de resistencia saludable y hasta deseable –un devenir en minoría- ya que el fenómeno contrario –la territorialización- es “agruparse en una colectividad en masa” (p.28) cosa que termina siendo limitada y restringida por las formas de comunidad sedentaria. Por esta razón, el nomadismo entendido así se configura como una forma de resistencia sobre la que discutirá en el siguiente capítulo.

El tercer teórico en el que hace hincapié es el John Urry sociólogo británico, del que señala el grado de movilidad en el que se desenvuelven las relaciones humanas del presente. Allí establece una clasificación de la que resalta un elemento común: todas las movibilidades tienden a buscar la proximidad física, la *co-presencia*. El viajar se torna en esencia constitutiva de un discurso en el que se torna como un objeto deseable y sinónimo de libertad y goce, aunque aquí Aguilar Rivero empieza a construir su crítica respecto a algunos presupuestos del profesor de Lancaster estableciendo que dicho *goce* es un privilegio restringido más que una generalidad. De este modo tras un primer acercamiento al nomadismo desde un punto de vista positivo, la autora del volumen comienza a reflexionar acerca de las implicancias de la movilidad y cómo el desplazamiento nomádico se torna pernicioso y destructivo pues la movilidad de unos obliga e impone la reconfiguración de otros -espacios territoriales concretos o comunidades -.

El siguiente capítulo se titula: “El lado oscuro del nomadismo”. Aquí Aguilar Rivero empieza retomando las tensiones abiertas al final del capítulo anterior y lo inicia con un epígrafe de Alberto Sauret “el ensanchamiento de la brecha entre nómadas de lujo y nómadas de miseria agigantará la ola de rivalidad, violencia, racismo y xenofobia” (p.35). Esto anticipa la tensión y las paradojas creadas por las visiones idílicas del nomadismo expuesto en el apartado anterior. La autora emplea las reflexiones del filósofo esloveno Slavoj Žižek para señalar la evidente separación entre la soberanía vinculada a un territorio físico concreto y la desterritorialización del Capital.

En este proceso las palabras de Žižek le sirven para criticar ciertas formas de nomadismo que lejos de ser modelo de libertad como se veía en Deleuze y Guattari producen modelos de sujetos que

reproducen el liberalismo capitalista y perpetúan la brecha entre hipernómadas e infranómadas. Una supuesta forma de resistencia termina convergiendo con el capitalismo y transforma al nómada deleuziano –equiparado al hipernómada de Attali– en un promotor liberal desenfrenado e individualista.

El último tramo de este segundo capítulo resulta de la exposición de los problemas generados por el goce de unos y la transformación en infranómades de otros: “la variedad de movilidades conlleva una serie de conflictos de intereses” (p. 45). Allí señala diferentes aspectos negativos del fenómeno del infranomadismo: citando por ejemplo las políticas migratorias tanto de México como de los Estados Unidos y su permanente avasallamiento de los derechos humanos. También pone especial interés en la virulencia con la que el Capital impone una reterritorialización de las comunidades indígenas en pos de progreso y bienestar derivado de las formas turísticas que esencialmente obligan a pueblos enteros a migrar internamente y por consiguiente se vulnera su derecho a pertenecer y permanecer.

Las reflexiones sobre la *resistencia* y la *pertenencia* (estrechamente ligadas a la identidad) se tornan el eje central del tercer capítulo: “Pertenencia. Los límites al nomadismo”. Una vez más la autora usa un capítulo impar para establecer categorías teóricas que le servirán para definir y caracterizar el fenómeno de la pertenencia. Asimismo reconoce que dos cuestiones atraviesan a este concepto: la convertibilidad política es decir que “puede usarse en sentidos políticos diferentes y hasta opuestos” (p.50) y que “la pertenencia puede referirse a lo individual o a lo colectivo”. En este capítulo se concentrará en el sentido autoafirmativo y concluyente mientras que en el siguiente abordará la otra faceta.

Entre los autores con los que trabaja se encuentran Georg W. F. Hegel al cual cita: “la calidad humana más alta se consigue solo en comunidad y no en la autodefinición del individuo alienado” (p.51). Con lo que la doctora establece que “Los sujetos sociales, individuales y grupales, son constituidos desde las prácticas y las instituciones” (p.49) y en este sentido también menciona los aportes de Martín Heidegger respecto al lenguaje y cómo éste puede recrear también un espacio de pertenencia. Siguiendo esta vía vincula sus reflexiones inmediatamente con otro teórico germano: Hans G. Gadamer que indica: “La *pertenencia* subraya sin ninguna duda el poder constitutivo de la tradición [...]” (p.53). Más adelante, dentro del mismo capítulo, Aguilar Guerrero se concentra en los aportes del canadiense Charles Taylor y sus reflexiones derivadas del multiculturalismo sobre la pertenencia y los grados de *cohesión* –condición inherente y necesaria en los estados democráticos donde a mayor grado mayor nivel de sentido de pertenencia–.

Finalmente el capítulo concluye con la reflexión sobre el fenómeno de la globalización y como ésta afecta la constitución de los estados modernos generando nuevas formas básicas de identidad y pertenencia que paradójicamente fortalecen lo local y lo regional aunque a priori se pensara lo contrario –ya que lo global podría entenderse con la idea de lo universal-. El teórico que emplea la autora como referente es el sociólogo Manuel Castells y la conceptualización de un “Estado-red” cuya función no sería político identitaria sino “la atención pública al dinamismo de la sociedad civil asegurando puentes [...] entre las distintas identidades que van surgiendo” (pp. 62-63). Brindando así una alternativa metafísica al absolutismo de la identidad montada sobre una Nación o Estado concreto.

En el siguiente capítulo, tal como la misma Aguilar Guerrero anticipó, se abocará a la otra cara del fenómeno de la identidad: “El lado oscuro de la pertenencia. El problema identitario”. Aquí, con claridad la doctora expone los aportes del filósofo marxista francés Étienne Balibar y sus tesis sobre la identidad. Al mismo tiempo resalta la relación estrecha con las formas de la violencia en el acto identitario ya sea por la vía de la inclusión o la exclusión. Esto conduce a un concepto crucial que establece la autora: el de “Polos identitarios”. Éstos se concentran en dos extremos que van desde una “identidad unívoca” a una “identidad flotante o cero”. En el primer caso se refiere a una forma extrema de identidad colectiva que no tolera la diferencia mientras que la otra posición conduce a un individualismo que no soporta ningún tipo de pertenencia por lo tanto no logra construirse ninguna identidad. Ejemplifica ambos extremos por medio del análisis de la película del cineasta danés Lars Von Trier *Dogville* (2003).

Para concluir este capítulo la autora expresa: “hemos visto hasta aquí que la movilidad y la pertenencia son aspectos constitutivos de lo humano que guardan relaciones complejas entre ellos y consigo mismos” (p.88). Dichas posturas podrían asociarse a los polos expuestos a lo largo del capítulo y que conducen directamente a la premisa del último capítulo: “Pertener es resistir”. Allí, Aguilar se encarga de resumir las categorías propuestas hasta el momento y establece la relación entre la noción de *pertenencia* y *la resistencia*.

A continuación expone algunas visiones negativas del resistir: Se detiene en el volumen *Los aprendizajes del exilio* (2008) del filósofo uruguayo-mexicano Carlos Pereda y luego en el esloveno Slavoj Žižek. En ambos casos responde a dichas posturas –en ello adhiere a concepciones foucaultianas-: “resistir tiene la grandeza de ser una dimensión luminosa de la concepción humana y una alternativa más articulada y que no se vincula con el estar y no estar sino quizá con el cómo estar” (p.96). Inmediatamente después se

enfoca en las prácticas que obstaculizan el pertenecer y el resistir por medio de lo que ella señala estrategias miméticas de la exclusión. Allí se detiene en las formas políticas del Estado y cómo por medio de la metáfora, la metonimia y la difusión mediática se provocan poderosas formas de obturación y negación del otro.

El capítulo concluye con la exposición de casos en los que la resistencia se da como un acto de resistencia creativa: señala la composición de un corrido mexicano del Barrio de Tepito y el proceder del movimiento zapatista para quienes “la resistencia es un modo de vida” (p.137) y aclara que si bien no es la panacea a las complejidades del mundo actual, siempre pertenecemos y que hay formas del pertenecer que potencian la resistencia positiva construyendo alternativas de existencia. De esta manera puede construir la propuesta en la que se monta la premisa de toda la obra: no se puede resistir sino perteneciendo.

Jorge Carlos Carrión
Universidad Nacional del Comahue
